

las mañanas esta bella oracion de la Iglesia: *Señor Dios omnipotente, sostenedme con vuestra gracia en este día para que no cometa ningun pecado, sino que todos mis pensamientos, mis palabras y mis acciones no se dirijan mas que á cumplir vuestra santa voluntad, y que todas sean segun las reglas de vuestra justicia: por nuestro Señor Jesucristo. Amen.*

2 No basta tener horror al pecado, es preciso tambien tener cuidado de inspirar este horror á todos los que están bajo de nuestro mando. La mayor parte de los hijos serian tan santos como un S. Luis, si todos los padres fuesen tan religiosos como la reina Blanca. No pasaba día en que esta piadosa princesa no dijese muchas veces al jóven rey: Hijo mio, por grande que sea la ternura con que te amo, querria mas, sin embargo, verte muerto, que el saber que hubieses de cometer un solo pecado mortal durante tu vida. Aprovechaos de esta instruccion; imitad este ejemplo. No paseis día alguno sin que deis una leccion semejante á vuestros hijos; anticipaos aun á que tengan uso de razon, para inspirarles este horror al pecado y este temor saludable. ¡Cuántos vivirian en la inocencia, cuántas familias serian felices, si se mirase como una obligacion el inspirar desde muy temprano á los niños este horror al pecado!

MIÉRCOLES CUARTO DE CUARESMA.

LÁMASE este día el miércoles del ciego de nacimiento, á causa del Evangelio que se lee en la misa: se llamaba tambien el día del grande Escrutinio, porque en este día se hacia solemnemente el exámen de los catecúmenos que debian admitirse al bautismo diez y ocho días despues. Se llamaba este exámen el grande Escrutinio, porque era precedido y seguido de algunos otros menos considerables. Habia ordinariamente siete escrutinios, es decir, siete días de Cuaresma, destinados para examinar é instruir á los que pedian el bautismo; pero el que se hacia en este día era el principal y el mas solemne, lo que ha dado motivo para que se dé á este día el nombre de *feria de los Escrutinios*, con preferencia á los otros seis. Toda la misa hace relacion al bautismo. El introito: *yo derramaré sobre vosotros una agua pura y saludable*. La Epístola de donde está tomado este introito, es un compendio de los efectos del bautismo; y el Evangelio del ciego de nacimiento á quien el Salvador no quiso dar la vista sino con la precision de que fuese á lavarse en la piscina, representa la ceguera espiritual del alma antes de ser reengendrada por este admirable sacramento.

A la hora de tercia se hacian venir á la iglesia á todos los que debian ser bautizados; se escribian sus nombres y los de las personas que debian tenerlos en la fuente bautismal. Se hacian exorcismos sobre ellos, y la uncion de la saliva. Se leia la leccion del profeta Ezequiel, que es la primera Epístola de la misa, y despues la de Isaías que es la segunda, con sus graduales. Despues se hacia la ceremonia de la abertura de las orejas, como para poner los catecúmenos en estado de escuchar el Evangelio y el simbolo de la fe que se les iba á esponer, y esto ha hecho que se llamase tambien este día el miércoles de *la abertura de los oídos*. La esposicion del Evangelio era seguida de la noticia del simbolo, en la cual se proponia á los catecúmenos idóneos, y destinados al bautismo, próximo el simbolo de la fe, y esta doble ceremonia era precedida de las renunciás á las vanidades y pompas del mundo, y á las sugestioness del demonio y de la carne que se les hacia hacer. Se pasaba del simbolo á la oracion dominical, y estas santas y sagradas ceremonias del grande Escrutinio duraban una gran parte del día. Como no debian bautizar mas que los adultos, se empleaban muchos días en las ceremonias del bautismo. Despues que la Iglesia ha creído á propósito y aun necesario el conferir el bautismo á los niños, se han reducido todas estas solemnidades, sin omitir ninguna de las principales ceremonias.

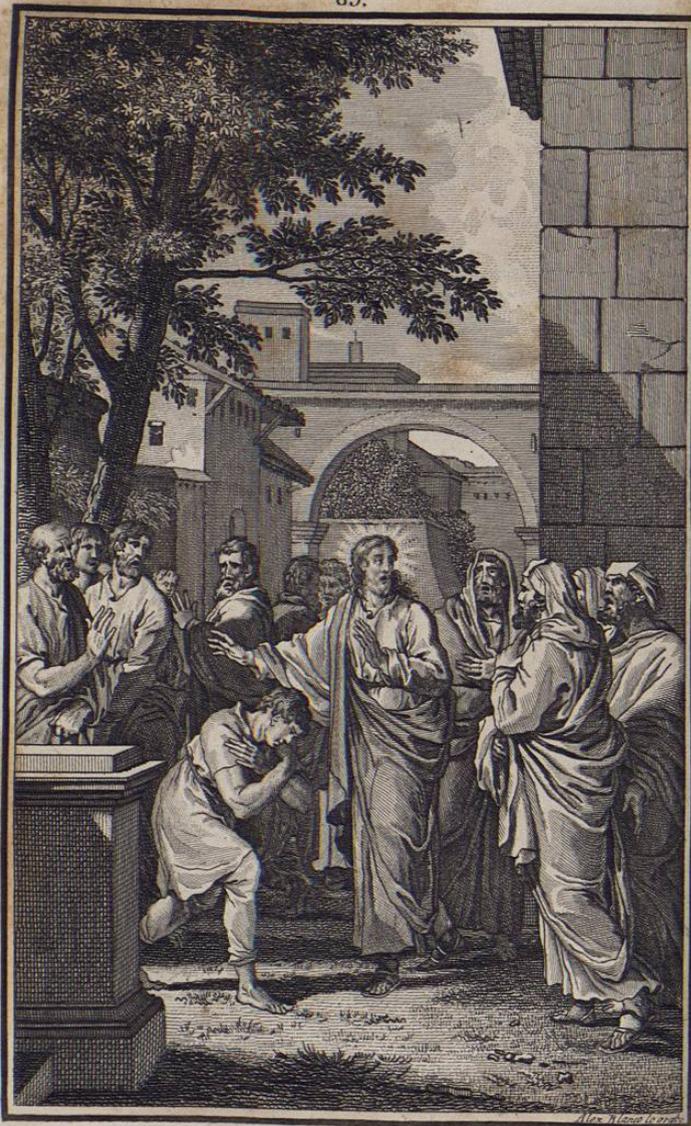
Cuando hubiere sido santificado en medio de vosotros, os congregaré de todas las partes de la tierra, y derramaré sobre vosotros una agua pura, y vosotros sereis purificados de todas vuestras manchas, y os daré un espíritu nuevo. Por esta profecia de Ezequiel comienza la misa de este día. Se ve bastante la relacion que estas palabras tienen con el bautismo, cuyas principales ceremonias se hacian en este día como se ha dicho.

La primera Epístola es una figura emblemática de él. Está tomada del capítulo 36 del profeta Ezequiel, en donde Dios promete á su pueblo sacarle de la triste cautividad en que gemia, derramar sobre él una agua pura, y purificarle de todo lo que le manchaba; lo cual es una prediccion muy clara del bautismo de Jesucristo, cuya sangre comunica al agua la virtud de borrar el pecado de los que creen en él. Dios dice tambien por boca del mismo profeta, que les dará un corazon nuevo y un nuevo espíritu, arrancando al mismo tiempo de ellos el corazon duro y tereno de que estaban animados, y el entendimiento grosero y craso que les hacia indóciles. Yo estableceré mi espíritu en medio de vosotros, el cual os ilustrará, os descubrirá el vacío y la nada de los bienes criados, y el falso brillo de todo lo que deslumbra lo

sentidos, de todo lo que agrada, y haciéndoos conocer el precio de los bienes espirituales, os dará el gusto de ellos, dándoos la inteligencia de los mas altos misterios. La gracia que yo derramaré en vosotros con mi espíritu, os hará guardar mis mandamientos con alegría, os hará marchar por mis caminos con fervor, añade el Señor: vosotros sereis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios, y os miraré como el objeto de mi ternura.

A la verdad, despues de la vuelta de la cautividad los judíos dieron menos motivo de queja y de nota, especialmente con respecto á la idolatría y á los demás desórdenes que con tanta frecuencia se les habian echado en cara por los profetas, antes de la cautividad; pero está muy lejos de que hayan llenado en rigor toda la idea de perfeccion que aquí y en otros parajes de la Escritura se les traza. ¿Qué desarreglos no habia en el pueblo en tiempo de Nehemias? ¿y hasta qué punto no llevaron los mismos sacerdotes la idolatría en los dias de los Macabeos, en medio de Jerusalem y á la vista del templo? ¿qué impiedades, qué abominaciones en tiempo de Jason, usurpador del nombre y de la dignidad de gran sacerdote? Solo en la Iglesia es en donde debia cumplirse esta profecía. Solo Jesucristo ha sido el que propiamente ha obrado en sus fieles las mutaciones maravillosas que señala aquí la Escritura. El es el que quita con su gracia el corazon de piedra, aquel corazon duro y terreno, aquel corazon todo material y sensual que formaba el carácter de los judíos; él es el que da un corazon de carne, esto es, un corazon tierno, un corazon dócil y reconocido; él es, en fin, el que derrama un espíritu nuevo, y arroja el espíritu antiguo; él nos purifica de nuestras manchas, y por medio de su gracia nos da fuerzas para perseverar libremente en el bien.

Con el mismo espíritu y en el mismo sentido ha elegido la Iglesia para la segunda Epístola de la misa de este dia, aquel pasaje del profeta Isaías en que descubriéndonos Dios los tesoros infinitos de su misericordia, y las riquezas de su bondad, nos manda que nos purifiquemos de nuestras iniquidades, y nos lavemos de nuestras manchas. *Lavaos, purificaos.* No pide un lavatorio, ni una purificacion exterior, como parecia que lo entendian los judíos: quiere una pureza interior, una purificacion del alma que no se hace sino por la conversion del corazon, por la penitencia, por la caridad; lo que sigue manifiesta bastante que Dios no habla mas que de la inocencia: quitad de delante de mis ojos la malignidad de vuestros deseos y de vuestros pensamientos, y cesad de obrar el mal. No basta, continua, cesar de obrar el mal; aprended á hacer el bien, á huir el mal, porque en ha-



cer el bien es en lo que consiste la justicia. Amad la rectitud, guardad buena fe, y no hagais agravio á nadie. Asistid al pobre, haced justicia al huérfano, defended la viuda, ejercitaos en las obras de misericordia, haced bien á todos; y despues de esto, yo os permito que os quejéis de mi severidad, y me acuseis de que soy un señor duro y austero, si os miro con malos ojos, si os despidido cuando viniereis á mí, si cierró mis oídos á vuestros votos y á vuestras peticiones. En verdad os digo que aun cuando vuestros pecados fuesen tan visibles como la escarlata, y vuestra alma estuviese tan teñida como el paño teñido de un rojo vivo, se pondrá blanca como la nieve. Si, aun cuando fuesen tan rojos vuestros pecados como la grana, se blanquearán como la lana mas blanca. No es esto decir que el pecado deje nunca de ser pecado; lo que Dios quiere darnos á entender es que por mas enormes que sean nuestros pecados, por grande que sea su número, luego que el pecador se convierte de buena fe, Dios le perdona todos sus pecados, y en virtud de este perdon, el alma recobra la inocencia. ¡Qué misericordioso y qué bueno es nuestro Dios! ¡Qué motivo tan poderoso de confianza ofrecen estas espresiones! Nada espresa mejor los efectos maravillosos del bautismo y de la penitencia que estas comparaciones.

No tiene menos relacion con el efecto de estos sacramentos el Evangelio de la misa de este día; en él se contiene la curacion del ciego de nacimiento. Nada hay tan admirable como este milagro.

Pasando el Salvador un sábado por una calle de Jerusalem vió un hombre ciego de nacimiento; se compadeció de él, y resolvió curarle. Pero antes de obrar este gran milagro, quiso responder á una pregunta que le hicieron sus discípulos. Maestro, le dijeron, ¿cuál ha podido ser la causa de que este hombre haya nacido ciego? ¿es acaso por culpas suyas ó por culpas de sus padres? Creian ellos como todo lo demás del pueblo que no habia adversidades, ni males que no fuesen penas de algun pecado. Queriendo, pues, Jesus desengañarles é instruirles les declaró que aunque las aflicciones sean muchas veces la pena de nuestros pecados ó de los de nuestros padres, tambien sucede con frecuencia que Dios no las envia sino para probar y purificar á los elegidos, ó por otras razones que sirven á los designios de su providencia. Tal es la incomodidad que sufre este hombre desde su nacimiento. Dios ha permitido que este hombre naciese ciego para tomar de aquí ocasion de manifestar su poder y su mision. Es preciso, añadió, que mientras es de día, haga yo las obras de él que me ha enviado. Tómase aquí el día por el tiempo que el Salvador debía

vivir aun sobre la tierra. Este tiempo debia ser para los judíos un tiempo de luz si ellos hubiesen sabido aprovecharse de él. Viene la noche, prosiguió, en que no se puede hacer nada: Jesucristo por esta *noche* indicaba su muerte, despues de la cual iban á ser abandonados á las tinieblas de su ignorancia, y de su ceguera voluntaria, segun la amenaza que les habia hecho en otra parte. Caminad mientras teneis luz. Yo soy la luz del mundo. Desgraciado el que no trabaja mientras es de dia. Como aquel dia era sábado, parece que el Salvador quiso preparar el espíritu de los Apóstoles con este preámbulo para el milagro que queria hacer; como si hubiese dicho: no obstante que sea hoy sábado, y que prevea que mis enemigos tomarán un motivo de escándalo de lo que yo voy á hacer, no debo diferir el dar la vista á este ciego, porque mi Padre será glorificado en ello, y esto adelantará mi obra. Luego que dijo esto, escupió en tierra, y habiendo hecho lodo con su saliva, frotó con ella los ojos del ciego, remedio naturalmente mas á propósito para hacer que para curar ciegos, dicen los Padres. Solo aquel que ha podido formar el hombre de un poco de barro, es el que pudo hacer servir el lodo para la curacion de un ciego de nacimiento. En seguida le dijo el Salvador que se fuese á lavar á los baños de Siloé. Formaban este baño las aguas de una fuente que corria por las faldas de la colina de Sion al pié de los muros de Jerusalem. Como el nombre de Siloé significa enviado, que es uno de los nombres que la Escritura da al Mesías, no fué sin misterio el que el Salvador enviase al ciego á aquella fuente. Quería enseñarnos que él es el que nos reengendra en las aguas saludables del bautismo, y el que con su gracia cura nuestra ceguera espiritual. No tenia necesidad el Salvador, ni del lodo, ni de las aguas de la fuente de Siloé para dar la vista á aquel ciego; sin embargo, se sirvió de aquellos signos sensibles, de aquellas ceremonias exteriores para preparar los ánimos para la institucion de los sacramentos, de los cuales eran figura estas cosas sensibles. La fuente de Siloé, dicen S. Ireneo y S. Crisóstomo, era un simbolo del bautismo. Los turcos tienen todavía hoy en veneracion la fuente de Siloé; creen ellos que sus aguas tienen la virtud de curar, ó á lo menos de aliviar los males de los ojos. El ciego obedeció, se lavó y volvió con la vista. El pueblo quedó admirado del milagro, sin penetrar el misterio. Los que desde luego parecieron mas asombrados fueron los vecinos y los padres del ciego de nacimiento. Por mas visible que se presentase el prodigio, todavía les parecia increíble. La maravilla era tan extraordinaria, que muchos cuasi se inclinaban á dudar de que fuese él; sin embargo, habia ya mucho

tiempo que era conocido para poder ni aun imaginar que fuese otro. El mismo no se ocultaba: Sí, les decia, yo soy el que mendigaba el pan, y á quien vosotros habeis dado limosna muchas veces. En fin, fué necesario creerle. Este milagro hizo gran ruido; todos querian ver y preguntar á un hombre que habiendo nacido ciego veia ya claro. De continuo le hacian referir cómo se habia hecho esto: Aquel hombre, les decia, que se llama Jesus, me ha puesto lodo en los ojos, y me ha mandado que fuese á lavarme á la piscina de Siloé. Yo he hecho lo que me ha dicho; he ido, me he lavado, y veo.

Un milagro tan grande, tan incontestable y tan público, lejos de convertir los enemigos del Salvador, les enfureció tanto que cuasi habian resuelto deshacerse del ciego que era una prueba tan brillante de él. Le preguntan en donde estaba Jesus: No lo sé, les respondió. Le llevan á los fariseos, los cuales le preguntan cómo habia visto: él les repite lo que habia dicho ya á los otros; me ha puesto lodo en los ojos, me he lavado, y veo. Pero ¿no era sábado cuando te ha curado? añaden. Sin duda, respondió el que habia sido ciego, pero me ha curado. No es, pues, este un hombre de Dios, dijeron entonces algunos de la asamblea, puesto que no observa el sábado. ¿Y como un hombre pecador, decian otros, puede hacer un milagro tan grande? Hallándose tan divididos los ánimos, y acalorándose la disputa, se determinó preguntar al que habia sido curado, lo que él mismo pensaba de aquel que le habia dado la vista. Por lo que hace á mí, respondió con resolucion, no dudo que este sea un hombre enviado de Dios, un gran Profeta. Esta respuesta les irritó, se encolerizaron contra él, le trataron de bribon y de impostor, y no quisieron creer que hubiese estado ciego. Cuando por envidia ó por odio no se quiere reconocer el mérito, se niegan los hechos. Los fariseos acababan de acriminar á Jesucristo por haber curado un ciego en sábado, y ahora contradicen la verdad de esta curacion milagrosa. ¡Como descubren claramente estas variaciones el espíritu del error, y la malignidad de la pasion que domina! Sin embargo de que habia pocos hechos ni tan notorios, ni que tuviesen mas testigos, fué necesario aclararlo. Se hizo venir al padre y á la madre, se les preguntó si aquel era su hijo, si era verdad que hubiese nacido ciego, y quién pudo haberle abierto los ojos.

A los dos primeros artículos respondieron sin dudar, que aquel era su hijo, y que era sumamente cierto que habia nacido ciego; en cuanto á lo tercero (porque decir que era Jesus el que le habia curado, era lo mismo que confesarle por el Mesías) ca-

llaron este hecho temiendo ser maltratados. ¡Qué raro es amar la verdad de modo que jamás se la haga ceder al temor! Nosotros no sabemos, dicen, quién es el que le ha abierto sus ojos: preguntádselo, ya tiene edad para poder dar por sí mismo cuenta de lo que á él le toca. Admiramos aquí la conducta de la Providencia; Dios hace servir á su gloria la malicia mas abominable de sus enemigos. No se han creído de ligero los milagros de Jesucristo, puesto que no lo han sido sino despues que han sido examinados con todas las precauciones que la envidia mas maligna ha podido sugerir, y puede decirse que la incredulidad de los fariseos nos ha quitado todo pretexto de ser incrédulos.

Los enemigos del Salvador creyeron que habiendo intimidado al padre y á la madre podrian alterar al hijo, y sacar de él un testimonio que pudiese al menos debilitar los sentimientos de estima, de veneracion y de admiracion que habia producido en el público este milagro. Llámánle, pues, segunda vez, y le dicen con un tono dulce y lisonjero: Tú no puedes dar á Dios mayor honor que confesando la verdad: dínos, pues, ingenuamente todo lo que ha hecho contigo aquel de quien tú hablas, como del autor de tu curacion. Tú no le conoces; nosotros le conocemos y sabemos que es un malvado. Si es bueno, ó si es malvado, respondió, yo no entro á examinarlo; vosotros juzgaréis como os agradare. Vosotros sois sabios, y yo no lo soy; todo lo que yo sé, y lo que no puedo ocultar, es que yo era ciego, y que ahora veo.

Pero bien, prosiguieron ellos, ¿qué es lo que ha hecho contigo? ¿como te ha abierto los ojos? Confesemos que cuesta mucho al incrédulo, para justificarse consigo mismo, su incredulidad. No se trata de ilustrarse con la verdad, sino de tranquilizarse en su error. El pobre hombre fatigado con tantas preguntas y representaciones, les respondió con un tono resuelto é indignado: Os he dicho y vuelvo á decir de qué manera me ha dado la vista: os lo he dicho, vosotros lo habeis oido, ¿para qué quereis que lo repita? ¿acaso entrariais en gana de ser discípulos suyos? Esta palabra dicha con un aire natural é ingenuo, y sin designio de ofenderles, les chocó; no le respondieron mas que con injurias: séaslo tú, si quieres, su discípulo; nosotros no queremos otro maestro que á Moisés, á quien sabemos que Dios habló. Este no sabemos quién es, ni de donde viene. Esto es lo maravilloso, repuso el hombre que habia sido curado, que vosotros no sabeis de donde procede este hombre, ni quién es, y él me ha abierto los ojos á mi que he nacido ciego. Vosotros mismos nos enseñais, que Dios no oye á los pecadores; que no hace milagros

para autorizar la falsa piedad de los hipócritas, sino que escucha benignamente á los que le sirven con fidelidad. ¿Por ventura se ha oido jamás decir, desde el principio de los siglos, que nadie haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento? Este lo ha hecho; ¿y vosotros quereis que sea un malvado?

Una reflexion tan juiciosa y tan sabia no les pareció suportable á aquellos pretendidos doctores. Qué, le dijeron, ¿tú que no eres mas que pecado; tú que no fuiste nunca mas que pecador; tú eras indigno de ver la luz, y tú te ingieres á hacer el doctor en esta asamblea? en verdad te cae bien, miserable, el darnos lecciones. Sal de aquí, y que jamás te se vea ya en esta asamblea. El Salvador que no tarda mucho en consolar á los que sufren por él, habiendo sabido que se le habia echado y escomulgado, le salió al encuentro, y habiéndole preguntado si creia en el Hijo de Dios: ¿Quién es, respondió el ciego curado? dádmele á conocer para que yo crea en él. Le has visto, le dijo Jesus: el que habla contigo, ese mismo es. Al oír estas palabras aquel pobre hombre trasportado de alegría: Yo creo, Señor, exclamó, sí, yo creo; y arrojándose á sus pies, le adoró como á su Dios, su bienhechor y su soberano dueño. La fe viva de aquel nuevo discípulo consoló al Salvador del endurecimiento de los fariseos. El milagro del ciego curado los hizo á ellos todavía mas ciegos; la ceguera voluntaria es incurable. Dios previene, Dios solicita, Dios mueve, pero no nos convierte nunca si nosotros no queremos.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui et justis præmia meritorum, et peccatoribus per jejunium veniam præbes: miserere supplicibus tuis, ut reatus nostri confessione indulgentiam valeat percipere delictorum. Per Dominum...

O Dios, que das á los justos el premio de sus méritos, y á los pecadores por virtud del ayuno el perdon, compadeceos de los que os suplican, á fin de que por la confession de nuestros pecados podamos obtener el perdon de ellos. Por nuestro Señor, etc.

La primera Epístola es tomada del profeta Ezequiel, c. 56.

Hæc dicit Dominus Deus: Sanctificabo nomen meum magnum, quod pollutum est inter

He aquí lo que dice el Señor Dios: Yo santificaré mi nombre grande que ha sido profanado